

Bioética, emociones e identidades

Sergio de Zubiría¹

“Parece que es necesario, a causa de las corrientes modernas, que se complacen en separar el pensamiento del sentimiento hasta llegar a presentarlos como enemigos, como si el sentimiento fuese desnaturalizado, manchado y aniquilado por el pensamiento...”

G. F. Hegel

“Si quitáis el amor ya no habrá más pasión; y si ponéis el amor haréis que surjan todas”

Bossuet

Abstract

Our time could be characterized by three deep turns or returns (Die Kehre): the “linguistic turn”, the “cultural turn” and the “emotional turn”. The problems of sciences and the philosophy, from second half of the Eighties of century XX, happen through the mediation of these three scopes. It is improbable to study the complex subjects that face the contemporary sciences and philosophies, without a theory of the signs, the language and the communication;

¹ Sergio De Zubiría Samper. Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes; con estudios de Maestría en Hermenéutica en la Universidad Nacional de Colombia. Master Internacional en Gestión, Políticas Culturales y Desarrollo de la UNESCO y la Universidad de Girona – España. Doctor en Filosofía Política de la UNED – España. Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes.

without an approach to the notion of the culture, the interculturality and the identities; without including/understanding the sense of the emotions in the fundamentation of the moral and the policy. Of these three turns of the time, perhaps, most recent and less analyzed is the emotional one.

Introducción

Retomando una conocida metáfora utilizada para interpretar la filosofía de Heidegger, nuestra época se podría caracterizar por tres profundos giros o vueltas (Kehre): el “giro lingüístico”, el “giro cultural” y el “giro emocional”. Los problemas de las ciencias y la filosofía, a partir de la segunda mitad de la década de los ochenta del siglo XX, pasan por la mediación de estos tres ámbitos. Sin una teoría de los signos, el lenguaje y la comunicación; sin una aproximación a la noción de la cultura, la interculturalidad y las identidades; sin comprender el sentido de las emociones en la fundamentación de la moral y la política, es improbable estudiar los complejos asuntos que enfrentan las ciencias y las filosofías contemporáneas. De estos tres giros de época, tal vez, el más reciente y menos tematizado es el emocional.

El “giro hacia las emociones” de los últimos años ha venido acompañado de un conjunto de postulados. El primero, la necesidad de recuperar y releer el importante legado de la tradición occidental en relación con el estudio de la emociones. El segundo, el abandono de aquellas concepciones simplistas que reducen lo emocional a sentimientos o sensaciones que nos suceden y frente a las cuales somos exclusivamente receptores pasivos, para transitar a concepciones que les conceden un papel determinante en las creencias, deseos, acciones y normas sociales. El tercero, las pretensiones de superar visiones mecánicas y dicotómicas de las relaciones entre razón y emoción. El cuarto, la conciencia de que las relaciones entre moralidad y emociones implican una teoría adecuada de la emociones, tarea que contiene profundas e inevitables dificultades.

En cuanto al primer postulado, notables filósofos en la historia del pensamiento han reconocido dentro de sus ricas y valiosas obras la importancia de indagar en lo que a emociones se refiere. En los sofistas, la sabiduría

socrática y Aristóteles, se elaboran importantes reflexiones sobre el carácter sociológico y político de las emociones, que permiten identificar tres cuestiones importantes: La primera cuestión revela que el vínculo entre emociones y esfera pública en la antigua Grecia era más estrecho de lo que corrientemente se ha admitido. La segunda, descubre que desde la antigüedad existió un marco teórico que sistematizaba los componentes de las emociones, admitiendo necesariamente allí, la relevancia de la cognición. Y la tercera, indica que la relación que tienen las emociones con la vida social y la estructura normativa de las comunidades es aquello que da forma a una y otra. También las obras de Agustín, Kant, Hume, Spinoza, Smith entre otros, reiteran la necesidad de erigir una filosofía más “emocional” para la comprensión e institución de normas sociales adecuadas. Además de insistir en la idea, latente o explícita, de que las verdades profundas no son únicamente intelectuales sino que implican la vida multidimensional y emocional del ser humano.

Ante el segundo postulado, con Olbeth Hansberg, consideramos que “hemos dejado de concebir las emociones sobre todo como sentimientos o sensaciones que nos suceden y frente a las cuales somos receptores pasivos, para concederles un componente racional que nos permite empezar a examinar las muy intrincadas relaciones que tienen con las creencias, deseos y otras actitudes. Esto hace que les reconozcamos a las emociones un papel mucho más interesante en la explicación de nuestras acciones en general y de nuestra vida moral en especial”². Hemos tomado distancia tanto de la concepción cartesiana de las emociones como de visiones conductistas y empiristas. Perspectivas que contienen profundos inconvenientes tales como: reducir la emoción a “mero sentimiento o sensación” y no poder explicar el hecho de que las emociones susciten acciones y sean motivos importantes de los motivos de nuestra conducta; el negarse a poder calificar las emociones como razonables, irracionales, justificadas, apropiadas o inapropiadas; reducir las emociones a uno sólo de sus posibles elementos.

El postulado tercero, cuestiona las concepciones dicotómicas de las relaciones entre razón y emociones, pero también relativiza que constituyan

² Hansberg, Olbeth. Emociones morales; en Guariglia, Osvaldo. Cuestiones Morales. Edit. Trotta, España, 1996. p. 107.

un rasgo característico de toda la historia occidental. La investigación histórica contemporánea ha mostrado la presencia constante de prácticas, rituales y narrativas de cuidado del deseo y las pasiones, hasta en aquellos momentos inerciales y de represión sexual como la Edad Media; las recuperaciones de la historia del deseo en la antigüedad clásica son tema recurrente de la investigación contemporánea³. Desde la filosofía, H. G. Gadamer, nos recuerda que hasta el propio pensamiento moderno tiene un doble origen, ya que en su rasgo esencial es ilustración, pero al mismo tiempo es permanente manifestación del espíritu apasionado del romanticismo. Para Max Scheller, la persistencia de nociones dicotómicas de razón y pasiones germina en la extraña combinación de reiterados “prejuicios” contra las emociones como meramente sensibles, subjetivistas, irracionales y caóticas.

El cuarto postulado que caracteriza el “giro emocional” contemporáneo, destaca tanto las enormes dificultades de formular una teoría plausible de la emociones, en algunos casos, derivada de la heterogeneidad radical del mundo de la emociones⁴, como también que en medio de estos aprietos es conveniente transitar hacia esa teoría respetuosa de la diversidad emocional. Y ese esfuerzo teórico ya está presente en Aristóteles. Su “marco teórico” contiene básicamente seis elementos: la excitación, que da cuenta de las afecciones que las emociones producen en el cuerpo; las expresiones fisiológicas, que son algunas manifestaciones físicas de las emociones; los antecedentes cognitivos, que dan cuenta de la relación entre creencias y emociones, y que son importantes para transformar creencias, y por ende, atender y cuidar ciertas emociones, como también para establecer diferencias entre distintas experiencias de las emociones; los objetos intencionales, que son los sujetos destinatarios de nuestras emociones y de las acciones que éstas desencadenan; el componente mixto del placer o el dolor encontrado en unas y otras emociones; y por último, las tendencias de acción, que muchas veces representan la propensión a restaurar cierto “equilibrio natural” interrumpido por el acontecimiento generador de la emoción en cuestión. Todos estos dispositivos emocionales se recogen de obras como *Acerca del alma*, *las Categorías*, *la Ética a Nicómaco*, el

³ M. Foucault, R. Bennet, V. Naughton.

⁴ También de las fronteras difusas entre emociones, pasiones, afectos, sentimientos, sensaciones, etc.

Filebo entre otros textos, a partir de un minucioso listado de emociones específicas elaborado por el mismo autor.

La renovada preocupación por la emociones ha permeado la investigación en ciencias, ciencias sociales y filosofía práctica. Y esta ampliación de campos reflexivos ha mostrado, tal vez, como primera consecuencia, la conciencia de que estamos ante un tema enorme en extensión y frente a problemas distintos que es urgente delimitar. “Enumero sólo algunos de los más importantes: la neurofisiología de las emociones; las diferencias culturales en la expresión de las emociones, en la conducta emocional y en lo que se considera aceptable o inaceptable en una comunidad determinada; las relaciones entre emociones y conocimiento empírico; el problema de cuáles emociones son compatibles y cuáles emociones requieren de otras para ser posibles; el fenómeno de las emociones colectivas como, por ejemplo, la histeria, el miedo o el enojo colectivos...; la cuestión de cuáles consideraciones debemos tomar en cuenta para decidir si ciertas emociones son buenas o malas para un individuo determinado; el problema de educación y la regulación de las emociones; las relaciones entre emociones y moralidad”⁵ y muchos otros que no acabaríamos de enumerar en tan breve exposición.

Pero si la conciencia de la monumental extensión es nítida actualmente, no lo son las perspectivas diferenciadas para abordar la cuestión de la emociones. En épocas anteriores estas concepciones eran mucho más limitadas y más claramente nominadas. En la década de los sesenta la obra de Jean Paul Sartre dedicada a mostrar las insuficiencias de las teorías psicoanalíticas y a criticar las escuelas psicológicas de William James, Janet, Kohler, que terminan limitando la emoción a percepción espacio-temporal y experiencia introspectiva; en la cual el existencialista francés se acerca a bosquejo fenomenológico que postula el “principio: una emoción remite a lo que significa. Y lo que significa es la totalidad de las relaciones de la realidad-humana con el mundo”⁶. Como también aquel texto clásico de la década de los ochenta del siglo XX, que intenta acceder a una visión panorámica de la emoción de William Lyons,

⁵ Hansberg, O. Opus. Cit. P. 113.

⁶ Sartre, J. P. Bosquejo de una teoría de las emociones. Alianza Editorial, Madrid, 1971 (1965).

y con el que se formaron muchos biólogos, psicólogos y filósofos, el asunto es bastante restrictivo. Existen cuatro teorías clásicas modernas de la emoción (Sentimiento; Conductual; Psicoanalítica; Cognitiva) y es conveniente transitar a una teoría Causal-Evaluativa. “Las teorías del sentimiento y la cognitiva han influido más en la filosofía; la conductista y la psicoanalítica han dominado en psicología”⁷.

Reconociendo que el ambiente intelectual contemporáneo, no tiene la restricción conceptual y temática de aquellas épocas, procuramos en el presente escrito abordar dos asuntos. Primero, desde una perspectiva filosófica inspirada en Max Scheller, Michel Foucault, Michael Walzer, Richard Rorty, pero especialmente Jon Elster, afrontar tres interrogantes: ¿cómo sabemos lo que sabemos sobre las emociones? ¿Qué emociones hay? ¿Qué son, por lo menos provisionalmente, las emociones? Segundo, las connotaciones que el “giro emocional” de la filosofía práctica y el pensamiento contemporáneo está planteando en los campos de la reflexión bioética y sus posibles consecuencias en el inmediato futuro.

Retorno y perennidad de las preguntas

Aunque en la tradición filosófica occidental existen antecedentes que plantean lo emocional como fundamento de la eticidad (ya hemos aludido a la antigüedad clásica, pero también tendríamos que no olvidar los nombres de los moralistas franceses, de Shaftesbury, Hume, Smith, Kant, Schiller, Nietzsche) quizás es Max Scheller (1874 – 1928) quien en la filosofía contemporánea realiza una importante contribución específica a los discursos éticos actuales que retornan a las preguntas por las relaciones entre emociones y acción social. Su reconocimiento intelectual es tan relevante, que es Martín Heidegger quien lo recuerda como la fuerza filosófica “más vigorosa” de Alemania y su “inusual olfato” para desentrañar nuevas posibilidades al pensar.

Parte de su olfato y vigor filosófico se encaminó a devolverle un terreno fértil a la vida emocional. Para ello hay que liberar a la filosofía y la

⁷ Lyons, William. Emoción. Edit. Anthropos, Barcelona, 1993 (1980).

reflexión occidental de aquel prejuicio que excluye o invisibiliza la vida emocional como lo desordenado, lo caótico, lo meramente empírico-psíquico, tratando de poner al descubierto, mediante análisis fenoménicos detallados de la simpatía, del amor, del odio, de la vergüenza, de la alegría, del resentimiento, las regularidades del sentido genuino y profundo de la vida emocional. Scheller afirma que en la actualidad no se carece en modo alguno de discursos y teorías éticas, la dificultad de evidencia cuando constatamos que éstas no han hecho mejor a nadie. La existencia de aquellas teorías y discursos no es una condición suficiente para la acción moral. Esta modificación exige incentivar un “ethos” diferente, que implique sentir los valores y virtudes, una forma de sensibilización general para los valores y las cualidades. Y esto es aún más urgente en una sociedad que tiende a orientarse por criterios exclusivamente utilitarios y consumistas.

“Hasta el presente la filosofía tiende a un prejuicio que tiene su origen histórico en el modo antiguo de pensamiento. Consiste en una división, completamente inadecuada a la estructura del espíritu, entre <razón> y <sensibilidad>. Esta separación exige, en cierto modo, que se atribuya a todo aquello que no es razón (orden, ley y semejantes) a la sensibilidad. La totalidad de nuestra vida emocional (y para la mayoría de los filósofos de la modernidad también nuestras tendencias) debe formar parte de la <sensibilidad>, también el amor y el odio... La consecuencia que esto ha tenido para la ética es que en su historia ha adoptado o bien la forma de una ética absoluta a priori, y después racional, o bien una ética relativa empírica y emocional”⁸.

¿Cómo sabemos lo que sabemos sobre las emociones?

Lo que sabemos y reconocemos de las emociones, en la tradición de la cultura occidental, se manifiesta principalmente en cuatro tipos de fuentes. Algunas de las cuales son más cercanas a la cotidianidad de todos los seres humanos y otras algo más distantes.

⁸ Scheller, M. Gramática de los sentimientos. Ediciones Crítica, Barcelona, 2003. p. 28.

La primera es siempre una experiencia directa y abierta a toda condición humana: la introspección. Todos hemos experimentado con diversa intensidad y peculiaridad alguna emoción. Quiénes no hemos reconocido en nosotros la ira, el temor o la vergüenza. “El conocimiento introspectivo es indispensable pero insuficiente. Sería difícil comprender por qué la vergüenza puede tener una potencia tan impresionante capaz incluso de llevar a la gente al suicidio si nosotros mismos no hubiéramos estado nunca presos de esa emoción. Alguien que nunca haya sentido vergüenza podría estar tentado de explicar el suicidio por las sanciones materiales que se imponen sobre al persona condenada al ostracismo, más que por el sentimiento subjetivo de dolor e indignidad inducido por las sanciones”⁹.

La segunda fuente de carácter más restringido que la anterior está plasmada en la experiencia literaria, especialmente la novela y el drama. Muchas obras literarias con cargas moralizantes y profundamente humanas como las que exponen novelistas y dramaturgos de la talla de Shakespeare, Racine, Stendhal, Austen, Eliot, entre muchos otros, también nos acercan a vivencias de las emociones según la cuales éstas generan comportamientos y producen diversos estados mentales.

La tercera, mucha más sistemática y reflexiva, está contenida en las penetrantes sentencias de los moralistas y un puñado de filósofos que desde los sofistas griegos, pasado por Aristóteles y sus discípulos, exhiben una extraordinaria capacidad para analizar la emociones humanas. Las sentencias de Séneca, Plutarco y Montaigne, conforman un recurso insustituible para comprender el mundo de las emociones. Y los trabajos de Aristóteles, Mandeville, Shaftesbury, Hutcheson y Hume consolidan piezas sistemáticas para enfrentar el complejo conocimiento de las emociones.

La cuarta son las fuentes científicas tanto en el campo de las ciencias naturales como sociales. Las investigaciones biológicas, etológicas y neurocientíficas aportan a cada paso importantes y sugestivas miradas sobre lo emocional. Ciencias sociales como la psicología, la antropología, la sociolingüística, entre muchas otras, siembran su grano de arena en esta tarea interminable e incierta de comprender las emociones.

“De Waal ha demostrado la presencia de culpa (¿o vergüenza?) entre los macacos subordinados cuando se les permite tener acceso a las hembras y copular con ellas en ausencia del macho alfa (dominante), posteriormente se les ve adoptar una conducta de sometimiento mayor de lo habitual cuando el macho dominante regresa. Pero en muchos casos no queda claro si se han dado los pertinentes estados cognitivos antecedentes. En animales diferentes al hombre, puede resultar difícil decidir si lo que consideramos una reacción emocional se ha desencadenado, ya sea por una representación mental de la situación o si sencillamente se trata de una respuesta aprendida”¹⁰.

Estas fuentes de que disponemos para saber lo que sabemos de las emociones, nos arrojan unas primeras y cardinales pistas para las primeras aproximaciones, que de manera sintética son las siguientes:

- a. Existe una gran variedad y variabilidad en el rango de las emociones expresadas y en las situaciones que las suscitan.
- b. Las emociones están presentes en distintos organismos con vida, todas las sociedades y múltiples culturas, pero es improbable y posiblemente indeseable, una teoría <universal> sobre ellas.
- c. Se pueden diferenciar en un primera aproximación algunas características de las emociones: entre fuertes-profundas y débiles-no intensas; entre algunas con antecedentes cognitivos complejos y otras inmediatas o viscerales. Aunque pueden existir grandes similitudes entre la química del amor y la de las anfetaminas, las diferencias entre una vivencia y otra son impresionantes.
- d. Las características concretas de la sociedad influyen o condicionan la vida emocional. Aunque no todas ellas aparezcan como sociales, todas nos hablan de la sociedad en períodos y espacios geográficos específicos.
- e. El lenguaje verbal y conceptual puede servirnos para ciertos abordajes de la vida emocional, pero, no puede en ningún caso, convertirse en un tipo de “autoridad final o definitiva”. Las emociones son irreducibles al lenguaje y en muchos casos su interrelación es de inconmensurabilidad.

¹⁰ Ibid. p. 28.

¿Qué emociones hay o reconocemos?

Definitivamente tratando de ser coherentes con nuestras pistas cardinales anteriores, herederas de la introspección, la literatura, los grandes moralistas, la filosofía y las fuentes científicas, no es posible una teoría universal u homogénea, ni del tipo de emociones como tampoco de sus rasgos constitutivos. Toda caracterización de su naturaleza y tipología depende de los criterios que utilizamos y de la sociedad desde la cuál hablamos.

Limitándonos a la siempre problemática noción de <sociedades o culturas occidentales modernas>, podríamos, provisionalmente, intentar clasificar las emociones que reconocemos en cuatro grandes tipos o campos. Los cuales siempre portan el peligro de caer en generalizaciones abstractas.

Un primer campo son aquellas que podemos clasificar como ligadas a acciones o vivencias de evaluación, regulación o interacción, entre especies o seres humanos. Las denominamos “emociones sociales” y entre ellas podemos enumerar algunas muy características de este grupo como desprecio, vergüenza, odio, culpa, simpatía, admiración, entre muchas otras. Exigen una especie de evaluación positiva o negativa de nuestra conducta o carácter en relación con otros, o de los de otro ser humano o especie.

Un segundo ámbito son aquellas emociones generadas a partir del merecimiento o inmerecimiento adjudicado a una persona o situación. A partir de la distinción hecha en este caso por la Retórica de Aristóteles son aquellas emociones incitadas en los casos de envidia, indignación, congratulación, compasión, crueldad y regodeo (emoción positiva causada por la desgracia merecida de alguien).

Un tercer grupo de emociones nacidas de la valoración positiva o negativa generadas por pensar en las cosas buenas o malas que le han ocurrido u ocurrirán a uno mismo. De este tipo son, por ejemplo, el deleite, el pesar, la felicidad pasada, la esperanza, y tal vez, hasta el aburrimiento y el tedio.

Y posiblemente un último campo que emerge por pensamientos o creencias contra fácticas sobre aquello que pudo haber ocurrido o lo

que pudo haberse hecho. En esta tipología pueden incluirse desde los sentimientos de tristeza, los malos augurios, el alivio, la decepción, el remordimiento o el regocijo.

Como vemos, una taxonomía de las emociones colmada de limitaciones que empiezan desde que entendemos por <sociedades modernas occidentales>, pero que contiene dificultades aún más profundas tales como: ¿Cuál es el criterio decisivo en esta clasificación? ¿Son estados mentales o emociones? ¿Su desencadenante son “pensamientos” o más bien otras emociones, creencias, sensaciones, representaciones, voliciones, etc.? ¿Una emoción pertenece a un solo grupo o a varios de ellos? ¿Por ejemplo, a que grupo pretenden el amor y el odio?

¿Qué son o pueden ser las emociones?

Enfrentar la naturaleza o características de las emociones también exige reiterar la imposibilidad de cualquier universalismo abstracto y renunciar a definiciones esencialistas de éstas. Se trata más bien de subrayar lo que distintas tradiciones filosóficas y científicas han reiterado en la ya larga tradición occidental.

Lo primero que salta a la vista ante este interrogante sobre su naturaleza son nuevamente dificultades y límites inquebrantables. Las más visibles y contundentes dificultades son cuatro. Primera, la palabra misma “emoción” puede tomarse en el sentido de un hecho que se da (acontecimiento; evento) o en el significado disposicional (disposición; potencia). Por tanto se puede usar en tres sentidos: acontecimiento; disposición; los dos al mismo tiempo. Segunda, actuaciones tales como la misoginia, el racismo, la arabo-fobia, la aporo-fobia, se pueden también incluir en emociones o son del tipo de prejuicios. Tercera, las propiedades o características señaladas necesariamente dependen del método o marco teórico seleccionado en el análisis de las emociones. Por este motivo son tan deferentes las concepciones conductistas, cognitivas o psicoanalíticas del psiquismo emocional. Cuarta, las propiedades destacadas de la naturaleza de las emociones no están necesariamente presentes todas y siempre existen excepciones.

A partir de la perspectiva de análisis de J. Elster, una aproximación “fenomenológica” (rasgos directamente observables) e histórico filosófica, nos destaca diez rasgos constitutivos de la emoción: 1. Sensación cualitativa singular; 2. Aparición súbita; 3. Imprevisibilidad; 4. Corta duración; 5. Las desencadena un estado cognitivo; 6. Dirigidas a un objeto intencional; 7. Inducción de cambios fisiológicos; 8. Contienen expresiones fisiológicas y fisonómicas; 9. Inducción de tendencias a realizar determinadas acciones; 10. Acompañadas por placer o dolor (“valencia”). En un reagrupamiento podrían sugerirse tres grandes momentos: rasgos intrínsecos de la experiencia emocional (1, 2, 3, 4); atributos cognitivos (5, 6); y, propiedades “viscerales” (7, 8, 9, 10).

Posiblemente los rasgos más persistentes, en las distintas interpretaciones, asociados a las emociones son: imprevisibilidad; antecedentes cognitivos; tener objetos intencionales; la excitación; las tendencias a la acción y la valencia.

Si acompañamos esta aproximación “fenomenológica” de un análisis causal (ya no descripción de rasgos observables, sino pretensión de causalidad), tendríamos en términos bastante genéricos que tratar de explorar las causas próximas o remotas de las distintas reacciones emocionales. Pero también podríamos “investigar las vías neurofisiológicas por las cuales la percepción y la cognición desencadenan emociones efectivas. Por otro lado, podríamos tratar de identificar los mecanismos de evolución que producen las diversas disposiciones emocionales”¹¹.

De las diez características condensadas por J. Elster, quisiéramos centrarnos en dos terrenos que nuestro autor destaca y que tienen inmensas consecuencias para la ética y la bioética. Sin olvidar la importancia de los aspectos viscerales y excitantes de la emoción, adquieren gran relevancia la “sensación cualitativa singular” y las relaciones entre “racionalidad y emociones”.

La sensación cualitativa singular es el rasgo fenomenológico “más impactante” de las emociones porque es la vivencia del “cómo se sienten”. Es como si la emergencia de cada emoción fuera una experiencia pura y cualitativamente única, como un tono de rojo y azul completamente único. Es

una especie de sensación de lo irrepitible. Su mayor analogía puede ser la experiencia estética (“la música suena de la manera que se siente”). Todos reconocemos que la emoción del amor es en cada caso singular, única e irrepitible. Y esto es verdaderamente impactante en la vida.

En cuanto a la interrelaciones entre racionalidad y emociones que atiende los denominados “aspectos o antecedentes cognitivos” del universo emocional, sabemos que configuran una muy intrincado laberinto. Además existen arraigados prejuicios que sitúan las emociones en el ámbito de lo irracional o no-racional. Consideraciones tales como: las emociones afectan las estimaciones de probabilidad y credibilidad de los hechos que están más allá de nuestro control; son la causa del incremento en el nivel de creencia en la eficacia de las acciones en las que uno no creería si estuviera en otras condiciones; inducen en últimas a conductas fantásticas; fomentan diversas conductas dolorosas; son causa de actuaciones irracionales; entre otras.

Si logramos tomar cierta distancia de los anteriores lugares comunes en el abordaje de lo emocional, podremos diferenciar “tres conjuntos de cuestiones que coinciden sólo en parte. En primer lugar, podemos intentar determinar el impacto de las emociones en la racionalidad de la toma de decisiones y de la formación de creencias. En segundo lugar, podemos preguntarnos si las propias emociones pueden ser valoradas como más o menos racionales, independientemente de su influencia en las elecciones que hacemos o en las creencias que nos formamos. Y en tercer lugar, podemos preguntarnos si las emociones pueden ser objeto de una elección racional, es decir, si las personas pueden entrar en una deliberación racional acerca de cuáles son las emociones que han de inducirse en sí mismas o en los demás y si realmente lo hacen”¹².

En relación con el primer conjunto de cuestiones ciertos autores y autoras de la filosofía contemporánea sostienen que lejos de interferir en la toma racional de decisiones, éstas incluso pueden llegar a fomentarla. Algunas de las tesis formuladas por estos teóricos(as) son: las emociones nos ayudan a tomar decisiones operando como factores que deshacen el empate en

¹² Elster, J. Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002. p. 343.

los casos de indeterminación en el juicio o la acción; mejoran la calidad de la toma de decisiones al hacer posible que nos centremos en los rasgos más destacados de una situación; en la formación racional de creencias es importante el papel de las emociones; las emociones afectan solamente a los parámetros de la elección si llegan a afectar a la racionalidad de la elección en sí misma; intervienen en las decisiones como costos y beneficios asociados a las diversas opciones, pero no como fuerzas psíquicas que moldean o distorsionan los procesos de la elección.

En cuanto al segundo campo de cuestiones, también existen actualmente argumentos en los que se propone que las emociones en sí mismas pueden ser valoradas teniendo en cuenta su propia racionalidad. Destacamos de estos argumentos, por ejemplo, que las emociones concretas son acciones y por tanto pueden ser evaluadas mediante los criterios consensuales de la racionalidad. También se puede argumentar que las emociones son racionales si son apropiadas o adecuadas de acuerdo con aquellas valoraciones cognitivas que las han desencadenado; y por tanto, que las emociones son racionales si esas valoraciones son racionales. De otro lado, se puede postular que las disposiciones emocionales racionales son aquellas que contribuyen a la felicidad individual y colectiva.

En relación con el tercer conjunto de problemas, es conveniente distinguir dos enfoques que afectan dimensiones diferentes. En primer lugar aquella dimensión que interroga sobre si el objeto de la elección es una emoción concreta (acontecimiento) o una disposición emocional. Y en segundo lugar otro campo que cuestiona si la elección es hecha por la persona en la que se produce la emoción o por otra persona. En otros términos, es apropiado dilucidar si son emociones inducidas por uno mismo o inducidas por otro.

La relevancia de los nexos entre racionalidad y emociones, en la reflexión contemporánea, nos muestran experiencias en las cuáles cumplen un papel destacado. Destaquemos algunas de ellas. Las emociones son fundamentales a la hora de tomar decisiones complejas: las personas, consultan a las “corazonadas” en semejantes momentos pues la capacidad defectuosa de tomar decisiones se debe precisamente a la ausencia de las emociones y corresponde, la mayoría de las veces, a enfermedades o defectos. Por otra parte, las emociones determinan las preferencias de

forma duradera, pues la relación emoción/preferencias de corto y largo plazo no es inexistente ni siquiera en la ciencia económica. Finalmente, las emociones viabilizan proyectos casi inalcanzables para las personas; el supuesto de Marx y ciertos pensadores de la utopía como los filósofos de la Escuela de Frankfurt, según el cual “todo lo que es deseable es factible, y todo lo que es deseable y factible es inevitable”.

En los campos de las cuestiones precedentes, siempre habrá que tener en cuenta, cómo los antecedentes cognitivos pueden alcanzar mayor o menor grado de conciencia en ciertas culturas. Para que una emoción “exista” debe pertenecer al “repertorio conceptual” de la cultura en cuestión, es decir, debe ser reconocida conscientemente por el agente y/o los observadores, pues en tanto es conceptualizada y registrada, puede ser sentida de manera más intensa y amplia.

El giro emocional y la bioética

Retornando a nuestra metáfora inicial sobre el “giro emocional” que experimenta el pensamiento y la vida de los inicios del siglo XXI, podríamos insinuar las posibles transformaciones que empieza a vivenciar la ética y la bioética contemporánea. Una enumeración bastante tentativa y limitada; cada uno de estos numerales exige una mayor sustentación y análisis, pero intentamos sembrar algunos hitos problemáticos de prospectiva.

- a. El “giro emocional” contemporáneo afecta la identidad de la bioética tanto en su sentido filosófico como sociológico. Filosóficamente, la identidad implica siempre al mismo tiempo pensar la diferencia y viceversa. En términos sociológicos, la identidad es el “proceso por el cual los actores sociales construyen el sentido de su acción atendiendo a un atributo cultural (o conjunto articulado de atributos culturales) al que se da prioridad sobre otras fuentes posibles del sentido de la acción”¹³. Al corresponder la época de la emergencia de la bioética, la década de los años setenta del siglo XX, a un momento muy ligado a

¹³ Castells, M. ¿Es sostenible la globalización en América Latina?. Fondo de Cultura Económica, México, 2003. p. 22.

la crítica al intuicionismo y al emotivismo, ésta ha hecho caso omiso o evitado una investigación expresa sobre la cuestión de las emociones. Por tanto en sus relaciones con la identidad y la diferencia, la bioética actualmente está necesariamente convocada a un replanteamiento de su actitud tradicional frente al universo emocional. En su condición de saber desde o entre las fronteras la búsqueda de su fundamentación implica apoyarse en éticas y filosofías de la ciencia que aborden la cuestión emocional.

- b. Esta problematización de su identidad conlleva la conciencia de los límites contenidos en visiones de la bioética como el principialismo y el neokantismo, que evitan o invisibilizan las esferas emocionales de la bioética. Es por ello que autores latinoamericanos como J. C. Tealdi y V. Garrafa, plantean el tránsito identitario de la bioética latinoamericana hacia posturas mucho más cercanas a la ética de las virtudes, las éticas del cuidado, las éticas narrativas, las éticas basadas en derechos, o las éticas comunitaristas¹⁴.
- c. El reconocimiento, cada vez más radical, de que en el campo de la bioética los discursos y las teorías nunca son suficientes. Reiterar la posición del gran filósofo Max Scheller, anteriormente evocado, quien plantea para los siglos por venir la urgencia de un nuevo ethos que implique en sus términos “sentir los valores y las virtudes” no sólo conocerlos o comprenderlos.
- d. La urgencia de una bioética mucho más atenta a los procesos educativos. Una bioética que interpele por una educación sentimental que nos disponga y nos imponga el observar nuestras propias emociones frente a los demás y prepare una pedagogía para ello; una bioética que haga notoria su conciencia de la íntima relación entre la educación emocional y posibles desarrollos de la vida moral.
- e. Destacar que en el contexto de una bioética latinoamericana la exclusión, las guerras y los conflictos violentos se prolongan y agudizan

¹⁴ Consultar Garrafa, V. Kottow, M. y Saada, A. (Coordinadores). Estatuto epistemológico de la Bioética. UNAM y UNESCO, México, 2005.

por motivos que no atañen exclusivamente a la racionalidad, sino que implican siempre también motivos “viscerales” y entrañables inadecuadamente encauzados y mal orientados.

- f. Rememorar la larga tradición de la cultura occidental que aún no había dicotomizado la razón y las emociones y que en la Grecia clásica se condensó en lo que M. Foucault indagó como la *épiméleia/cura sui*. Aquellas prácticas de la dietética, la economía y la erótica (el cuerpo, el entorno y la casa), que ineludiblemente llevarán a que el cuidado de uno mismo y de los otros conlleve “por tanto una nueva ética de la relación verbal con el otro”¹⁵.

Bibliografía

ARISTÓTELES. *Acerca del alma*. Trad. Patricio de Azcarate; Martine Barthelemy Editorial Losada, Buenos Aires, 2004.

ARISTÓTELES. *Ética a Nicómaco*. Editorial Gredos, Madrid 1985.

CASTELLS, M. *¿Es sostenible la globalización en América Latina?* Fondo de Cultura Económica, México 2003.

ELSTER, J. *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*. Ediciones Paidós, Barcelona 2002.

ELSTER, J. *Sobre las pasiones*. Ediciones Paidós, Barcelona 2001.

FOUCAULT, M. *Hermenéutica del Sujeto*. Ediciones La Piqueta, Madrid 1987.

GARRAFA, V. Kottow, M. y Saada, A. (Coordinadores). *Estatuto epistemológico de la Bioética*. UNAM y UNESCO, México 2005.

¹⁵ Foucault, M. *Hermenéutica del Sujeto*. Ediciones La Piqueta, Madrid, 1987. p 50.

HANSBERG, Olbeth. Emociones morales; en Guariglia, Osvaldo. Cuestiones Morales. Edit. Trotta, España 1996.

HEIDEGGER, Martín. La Vuelta [Die Kehre] conferencia de Bremen (1949) perteneciente al mismo ciclo que “La cosa”, “El engranaje” y “El peligro”, publicada en Die Technik und die Khere, Günther Neske, Pfullingen, 1962. http://www.heideggeriana.com.ar/textos/la_vuelta.htm

LIEBOWITZ, Michael R. Liebowitz Social Anxiety Scale (LSAS). <http://www.healthtechsys.com/ivr/assess/ivrلسas.html>

LYONS, William. Emoción. Edit. Anthropos, Barcelona 1993 (1980).

SARTRE, J. P. Bosquejo de una teoría de las emociones. Alianza Editorial, Madrid 1971 (1965).

SHELLER, M. Gramática de los sentimientos. Ediciones Crítica, Barcelona 2003.